

A woman with long, wavy brown hair is shown from the chest up, wearing a vibrant, multi-colored floral dress. She is positioned as if underwater, with bubbles and a blue-green background. Her right hand is raised, pointing upwards. The overall mood is ethereal and romantic.

Los
DOS
AMORES
de
MIVIDA

De la autora de
Los siete maridos de Evelyn Hugo
y *Quizás en otra vida*

TAYLOR JENKINS REID

Una historia de amor fascinante sobre una mujer que, inesperadamente, se ve obligada a elegir entre su marido, a quien daba por fallecido, y el prometido que años después le ha devuelto la ilusión por vivir.

Con poco más de veinte años, Emma Blair se casa con su amor de juventud, Jesse. Juntos construyen una vida a su medida, alejada de las expectativas de sus familias y entorno más cercano. Recorren el mundo, Emma como escritora freelance y Jesse como ayudante de producción de documentales sobre naturaleza, exprimiendo la vida al máximo y aprovechando cada oportunidad que se les presenta de vivir aventuras.

En su primer aniversario de bodas, Jesse recibe el encargo de ir a trabajar a las Islas Aleutianas. Y mientras sobrevuela el Pacífico, su helicóptero desaparece. Así, sin más, Jesse se va para siempre.

Emma deja su trabajo y regresa a su hogar en un esfuerzo por recomponer su vida. Años después, cuando ya ha cumplido los treinta, se reencuentra con Sam, un viejo amigo, y vuelve a enamorarse. Cuando Emma y Sam se comprometen, parece que la vida le está brindando una nueva oportunidad en el amor. Pero entonces encuentran a Jesse. Está vivo, y lleva años intentando volver a casa. Emma tiene ahora un marido y un prometido, ¿pero quién de ellos es su verdadero amor? ¿Qué significa en realidad amar de verdad?

Emma sabe que debe escuchar a su corazón. Es solo que no está segura de qué le está diciendo.

*Este es un libro sobre Acton, Massachusetts.
Así que, como es natural, me gustaría dedicárselo a
Andy Bauch de Boxborough.
Y a Rose, Warren, Sally, Besrnie, Niko y Zach, de
Encino, California.*

ANTES DE

Emma y Jesse

*O cómo enamorarse para después romperse
en mil pedazos.*

Nunca fui de las de madrugar. Pero mi odio a la brillante luz matutina se agudizó durante el instituto, los sábados a las ocho y diez de la mañana.

A esa hora, mi padre llamaba a mi puerta como un reloj y me decía: «El autobús sale en treinta minutos», aunque no se trataba de ningún «autobús», sino de su Volvo, y no me llevaba precisamente al instituto, sino a la librería familiar.

Blair Books había sido fundada por el tío de mi padre en los años sesenta, en el mismo lugar en el que seguía: en la zona norte de Great Road, en Acton, Massachusetts.

Y de alguna manera eso significó que, tan pronto como cumplí la edad legal para trabajar, tuve que ponerme a atender a los clientes algunos días entre semana, después de clase, y todos los sábados.

Me tocaba ir los sábados porque Marie prefería los domingos. El verano anterior, mi hermana había ahorrado todo el sueldo que ganaba en la librería y se había comprado un Jeep Cherokee azul marino.

La única vez que había subido a su todoterreno fue la noche del día en el que se lo había comprado, cuando, encantada de la vida como estaba en ese momento, me invitó a un helado en Kimball's Farm. Pedimos una tarrina de medio litro de chocolate para nuestros padres y dejamos que se derritiera mientras nos sentábamos en el capó de su coche y nos comíamos nuestros respectivos helados, completamente relajadas bajo el agradable aire cálido nocturno.

Nos quejamos de la librería y de la costumbre que tenía nuestra madre de poner queso parmesano en las patatas. Marie me confesó que había probado la marihuana y yo prometí no contar nada a nuestros padres. Luego me

preguntó si ya había besado a alguien y yo me giré y miré a otro lado porque tenía miedo de que pudiera leer la respuesta en mi cara.

–No pasa nada –me dijo–. La mayoría de la gente no se da su primer beso hasta que no llega al instituto. –En ese momento, Marie llevaba unos pantalones cortos verde aceituna y una camisa azul marino, así como dos cadenas de oro que caían por su clavícula hasta su escote. Mi hermana nunca se abrochaba las camisas del todo. Siempre las llevaba con un botón más abierto de lo normal.

–Sí –comenté yo–. Lo sé.

Pero fui perfectamente consciente de que ella no había dicho: «Yo no me di mi primer beso hasta que no fui al instituto», que era justo lo que estaba deseando oír. Me daba igual no ser como los demás. Lo que me preocupaba era no ser como *ella*.

–Verás cómo todo mejora ahora que vas a ir al instituto –dijo Marie mientras tiraba lo que le quedaba de su helado de menta con chocolate–. Confía en mí.

En aquel momento, esa noche, me habría creído cualquier cosa que me dijera.

Pero también era cierto que esa noche supuso una excepción en la relación que mantenía con mi hermana. Fue uno de esos momentos raros entre dos familiares que se limitaban a coexistir.

Cuando empecé mi primer año de instituto y ambas coincidimos en el mismo edificio, nos dedicamos a cruzarnos en los pasillos del centro durante el día y en los de casa por la noche, como si fuéramos dos enemigos durante una tregua.

Así que imaginaros mi sorpresa cuando ese sábado, durante la primavera de mi primer curso de instituto, me despertaron a las ocho y diez de la mañana y descubrí que no tenía que ir a trabajar a la librería.

–Marie te va a llevar a comprar unos vaqueros nuevos –anunció mi madre.

—¿Hoy? —Me senté en la cama y me froté los ojos, preguntándome si eso significaba que podía dormir un poco más.

—Sí, al centro comercial —respondió mi madre—. Comprate el par que más te guste, pago yo. Te he dejado cincuenta dólares en la encimera de la cocina. Si te gastas más de eso, corre por tu cuenta.

Necesitaba unos vaqueros nuevos porque tenía rotos todos los viejos. Se suponía que tenía que comprarme unos nuevos cada Navidad, pero me había vuelto tan quisquillosa con lo que quería, tan neurótica con cómo debían quedarme, que mi madre se había dado por vencida. Las dos últimas veces que habíamos ido al centro comercial juntas, habíamos vuelto después de una hora con las manos vacías y mi progenitora haciendo todo lo posible para contener su irritación.

Me supuso toda una nueva experiencia. A mi madre siempre le había gustado mi compañía y había procurado estar todo el tiempo conmigo durante mi infancia. Pero al final me había vuelto tan maniática en ese aspecto, que estaba deseando pasarle la carga a otra persona. Y nada menos que un sábado.

—¿Quién va a estar en la caja hoy? —Me arrepentí en el mismo instante en que pronuncié aquellas palabras. De pronto, temí haber estropeado algo bueno. Tendría que haberme limitado a asentir y ceder para que no se asustara.

—El nuevo chico que hemos contratado, Sam —dijo mi madre—. No pasa nada. Necesita hacer algunas horas extra.

Sam era un alumno de segundo curso que un día entró en la librería y dijo: «¿Puedo dejaros un currículó?», aunque no estábamos buscando empleados y la mayoría de los adolescentes preferían trabajar en la tienda de discos que había en la misma calle. Mis padres lo contrataron en el acto.

Era muy mono (alto, delgado, de piel aceitunada y ojos marrón oscuro) y siempre estaba de buen humor, pero en cuanto Marie dijo que le parecía «adorable» fui incapaz de sentirme atraída físicamente por él. Me negaba a que me gustara nadie que también le gustara a mi hermana.

Tengo que reconocer que esa postura estaba empezando a limitar considerablemente mi grupo de amigos y la situación se estaba volviendo insostenible.

A Marie le gustaba todo el mundo y a todo el mundo le gustaba Marie.

Era la niña dorada, la hija destinada a ser la favorita de la familia. Mi amiga Olive solía llamarla «la hija de los libros» a sus espaldas, porque incluso *parecía* el tipo de chica cuyos padres tenían una tienda de libros, como si hubiera un estereotipo específico para eso y Marie cumpliera todos y cada uno de sus requisitos.

Leía libros de adultos, escribía poesía y se enamoraba de personajes literarios en lugar de estrellas de cine, lo que hacía que a Olive y a mí nos entraran ganas de vomitar.

Cuando Marie tenía mi edad, hizo un taller de escritura creativa y decidió que quería «ser escritora». Las comillas son necesarias porque lo único que escribió fue una historia de misterio de nueve páginas en la que la asesina resultó ser la hermana pequeña de la protagonista: Emily. Incluso yo sabía que era una absoluta bazofia, pero la envió al periódico del instituto y a sus responsables les gustó tanto que la publicaron por partes durante nueve semanas en el segundo semestre.

El hecho de que se las apañara para hacer todo eso y siguiera siendo una de las estudiantes más populares del instituto lo hacía mucho peor. Porque eso solo demostraba que, si eras lo suficientemente guapa, la vida te sonreía.

Yo, mientras tanto, apenas tenía tiempo para leer los resúmenes que había en la librería de todos los libros que

me mandaban en Literatura y tenía apiladas en mi habitación un montón de novelas que mis padres me habían regalado y que nunca había abierto.

Me gustaban los vídeos musicales, la programación de máxima audiencia de los jueves por la noche de la NBC y todas las mujeres que participaban en el festival de música Lilith Fair. Cuando me aburría, solía mirar los números antiguos de la revista de viajes *Travel + Leisure* de mi madre, recortaba las fotografías que encontraba más interesantes y las pegaba en la pared de mi habitación. El espacio que había encima de mi cama se había convertido en un caleidoscopio de portadas de Keanu Reeves, notas de los discos de Tori Amos e imágenes de la Riviera italiana y de la campaña francesa.

Y nadie, absolutamente nadie, me consideraba una chica popular.

Mis padres solían bromear con que en el hospital se habían equivocado de niña. Yo siempre me reía, pero más de una vez me puse a ver sus fotos de cuando eran pequeños y me miré en el espejo en busca de similitudes para recordarme que era su hija biológica.

–Vale, genial –le dije a mi madre, más emocionada por no tener que ir a trabajar que por pasar un rato con mi hermana–. ¿Cuándo nos vamos?

–No lo sé –respondió mi madre–. Habla con Marie. Me voy a la librería. Te veo en la cena. Te quiero, cariño. Que tengas un buen día.

Cuando cerró la puerta, me tumbé en la cama, dispuesta a saborear cada minuto extra de sueño.

Poco después de las once, Marie irrumpió en mi habitación.

–Venga, vámonos.

Fuimos a tres tiendas y me probé una docena de pantalones. Algunos me quedaban muy grandes, otros demasiado ajustados, otros eran muy altos de cintura.

Cuando me puse el duodécimo par, salí del probador y me encontré a Marie mirándome con una expresión de puro aburrimiento.

–Te sientan bien, quédatelos –dijo. Iba vestida de Abercrombie & Fitch de pies a cabeza. Era el cambio de milenio. Todo el mundo en Nueva Inglaterra vestía de Abercrombie & Fitch de pies a cabeza.

–Me los veo un poco raros en la zona del trasero –comenté, quedándome completamente quieta.

Marie me miró como si estuviera esperando algo.

–¿Te vas a dar la vuelta para que pueda ver si te están raros o no? –preguntó al cabo de unos segundos.

Hice lo que me decía.

–Parece que llevas un pañal –sentenció.

–Eso es lo que te acabo de decir.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

–Espera. –Me hizo una señal con el dedo para que volviera al probador y eso fue lo que hice.

Acababa de quitarme el último par de pantalones, cuando ella me arrojó otro par de vaqueros desteñidos de corte recto por encima de la puerta.

–Pruébate estos –me dijo–. Joelle los lleva y tiene un culo tan grande como el tuyo.

–Muchas gracias, ¿eh? –Agarré los pantalones.

–Solo estoy intentando ayudarte –indicó Marie. Segundos después vi sus pies alejarse, como si la conversación se hubiera terminado porque ya no le interesaba.

Desabroché la cremallera del pantalón y me lo puse. Tuve que mover las caderas y aguantar un poco la respiración para que me entrara y poder abrochármelo. Luego me erguí y me miré en el espejo, volviéndome de un lado a otro y girando la cabeza para tratar de ver cómo me quedaba por detrás.

Tenía el culo cada vez más grande, mientras que mi pecho parecía haberse estancado. Había leído suficientes ejemplares de mi madre de la revista *Glamour* para saber

que tenía lo que se llamaba un cuerpo con «forma de pera». Tenía el vientre plano, pero las caderas iban creciendo. Olive estaba empezando a ganar peso en la zona del pecho y el estómago, y me preguntaba si no sería mejor tener ese tipo de figura, la de «forma de manzana». Aunque si era sincera conmigo misma, lo que de verdad quería era todo lo que mi hermana había heredado de mi madre. Un culo normal, unas tetas normales, el pelo castaño, ojos verdes y unas pestañas espesas.

En vez de eso, había salido a mi padre en cuanto al color (pelo ni del todo rubio ni del todo castaño y con los ojos marrones verdosos) y tenía una complexión muy particular. En una ocasión le pregunté a mi madre de dónde había sacado mis piernas cortas y robustas y me respondió: «En realidad no tengo ni idea», como si eso no fuera lo peor que pudiera decirse a una hija.

Solo había una cosa de mi aspecto que realmente me gustaba. Mis pecas, ese grupo de puntitos oscuros debajo de mi ojo derecho. Mi madre solía conectarlos con su dedo cuando me daba las buenas noches de pequeña.

Me encantaban mis pecas y odiaba mi trasero.

De modo que, mientras estaba en ese probador, lo único que quería era un par de vaqueros que lograra que mi culo se viera más pequeño de lo que era. Algo que parecía haber conseguido ese par.

Salí del probador en busca de la opinión de mi hermana. Por desgracia, no la encontré por ninguna parte.

Me metí otra vez en el probador y me di cuenta de que no tenía a nadie que me ayudara a tomar la decisión.

Me miré en el espejo una vez más.

¿Me gustaban? Tal vez...

Me fijé en la etiqueta. Treinta y cinco dólares.

A ese precio, todavía me quedaba dinero para pedir un pollo *teriyaki* en la zona de restauración.

Me cambié, fui hacia la caja y pagué con el dinero de mis padres. A cambio, recibí una bolsa con un par de va-

queros que no odiaba.

Marie seguía sin aparecer.

Eché un vistazo por la tienda. Fui al local de The Body Shop para ver si estaba allí comprando algún bálsamo labial o gel de ducha. Al final la encontré media hora más tarde, comprándose unos pendientes en Claire's.

–Te he buscado por todas partes –dije.

–Lo siento, estaba mirando la bisutería. –Marie tomó el cambio, lo metió en la cartera y luego asió la pequeña bolsa de plástico blanco que sin duda contenía unos pendientes de oro falso que le dejarían manchas grises y verdosas en las orejas.

Seguí a mi hermana mientras salía de la tienda decidida y se dirigía hacia la entrada donde habíamos dejado el coche.

–Espera. –Me detuve en seco–. Quiero pasar por la zona de restauración.

Marie se volvió hacia mí y miró su reloj.

–Lo siento, no podemos. Vamos a llegar tarde.

–¿Tarde a dónde?

–Al campeonato de natación.

–¿Qué campeonato de natación? –pregunté–. Nadie me ha dicho nada de ningún campeonato.

Mi hermana no respondió porque en realidad no tenía que hacerlo. Yo ya la estaba siguiendo al coche, dispuesta a ir adonde me dijera y a hacer lo que me pidiera.

Cuando llegamos al vehículo decidió saciar mi curiosidad.

–Graham es el capitán del equipo de natación este año –explicó.

¡Ah, sí!

Graham Hughes. El capitán de cualquier equipo de los que formaba parte. El favorito para llevarse el premio a la «mejor sonrisa» del anuario. Exactamente el tipo de chico con el que saldría Santa Marie de Acton.

–Estupendo –dije. Por lo visto, mi futuro inmediato incluía no solo tener que sentarme a presenciar la carrera de cincuenta metros estilo libre, sino también esperar después en el coche, mientras Marie y Graham se enrollaban en el de él.

–¿Podemos al menos pasarnos por el autoservicio que hay de camino? –pregunté, dándome por vencida.

–Sí, claro –dijo ella.

Después reuní toda la confianza posible en mí misma y dije:

–Tú pagas.

Ella se volvió hacia mí.

–Tienes catorce años. ¿No puedes comprarte tu propia comida?

Mi hermana tenía la increíble habilidad de hacer que me sintiera tonta incluso cuando más segura de mí misma me creía.

Paramos en el Burger King y me comí una hamburguesa pequeña en el asiento delantero del coche, poniéndome tibia de ketchup y mostaza y teniendo que esperar hasta que aparcáramos para poder buscar una servilleta.

Marie me dejó en cuanto percibimos el olor a cloro en el aire. Así que me senté en las gradas e hice todo lo posible por distraerme.

La piscina cubierta estaba llena de chicos de mi edad prácticamente desnudos y en gran forma física. No sabía dónde mirar.

Cuando Graham se subió a la plataforma de salida y sonó el silbato, contemplé cómo se zambullía en el agua con la misma facilidad con la que volaba un pájaro. Desde el mismo instante en que entró en el agua, quedó claro que iba a ganar la carrera.

Miré a Marie en el otro extremo, saltando y animándolo, poniendo toda su fe en él. Cuando Graham reclamó su trono de campeón, me levanté y me fui a dar una vuelta.

Pasé por el otro lado de las gradas y atravesé el gimnasio en busca de una máquina expendedora.

Cuando regresé, cincuenta centavos más pobre pero con una bolsa de Doritos en la mano, vi a Olive sentada al fondo de la multitud con su familia.

Un día, el verano anterior, justo antes de empezar el curso, mientras estábamos pasando un rato en su sótano, Olive me confesó que creía que podía ser homosexual.

Me dijo que no estaba segura, pero que no se consideraba heterosexual del todo. Le gustaban los chicos, pero estaba comenzando a pensar que quizá también le gustaban las chicas.

Yo estaba bastante segura de que era la única que lo sabía. Aunque también tenía claro que sus padres estaban empezando a sospechar. Pero eso no era asunto mío. Mi única función al respecto era ser su amiga.

Así que hice lo que hacen las amigas: sentarme y ver vídeos musicales durante horas, esperando que pusieran el vídeo de Natalie Imbruglia, *Torn*, para que Olive pudiera disfrutar mirándola todo lo que quisiera. Reconozco que no fue un acto puramente altruista, pues era mi canción favorita y soñaba con poder cortarme el pelo como Natalie para parecerme a ella.

Tampoco era del todo desinteresada cuando volvía a ver *Titanic* con Olive cada pocas semanas para que intentara averiguar si la escena entre Jack y Rose le gustaba porque se sentía atraída por Leonardo DiCaprio o por Kate Winslet.

–¡Eh! –me dijo cuando me vio ese día en la piscina.

–¡Hola! –respondí.

Olive llevaba una camisa de vestir azul claro abierta con una camiseta de tirantes blanca debajo. El pelo negro azabache y liso le caía por los hombros. Llamándose Olive Berman nadie se habría imaginado que era mitad judía, mitad coreana, pero mi amiga estaba muy orgullosa de las raíces de su madre de Corea del Sur y hablaba con el mis-